



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11359

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 16 DE SEPTIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casmarin
61; y J. Jona, Faubourg-Montmartre, 31.

JOSÉ GÓMEZ E HIJOS

Deposito exclusivo de la Rioja Alta
SOCIEDAD DE COSECHEROS
DE VINO DE HARO
PRECIOS DE LOS VINOS

Botella de vino tinto con casco á 1'10
Media idem de idem con idem á 0'75
Botella de vino blanco con idem á 1'25
Media idem de idem con idem á 0'85

Esta casa entrega 0'15 por cada casco
tanto que se devuelve.

DIOS APRIETA...

Nunca ha podido decirse con mayor viso de verdad el refrán que encabeza estas líneas.

Dios aprieta, pero no ahoga. Hay nada, más, si nuestro que el porvenir que amenazaba a esta población desde que comenzaron a circular rumores de despido de obreros en el establecimiento naval.

Medio millar de trabajadores despedidos del astillero. Casi el mismo número despedido de las fortificaciones. Mil familias sin pan.

Malos inviernos habíamos, pasado antes de ahora, pero como el que se preparaba ninguno. Mil familias con hambre y con frío, aquí donde la caridad no es un recurso porque dicha virtud funciona a diario con toda la fuerza que puede y no reserva nada de un día para otro.

Dios aprieta... si, pero no ahoga. Apretados estábamos desde poco después que terminó la guerra. Las desgracias de nuestra marina, como creen algunos, ó la resultante de torpezas comelidas en su organización—como creemos nosotros—concluyó la animadversión de España entera contra nuestros pobres buques, como si de la vo-

luntad de éstos hubiese dependido no ser fuertes como se necesitaban para la guerra. ¡Pobres buques! ¡Pobres arsenales! Ni los primeros tienen la culpa, de servir para poco, ni los segundos son culpables de salir a la nación tan caros.

Sin embargo, las iras cayeron sobre los astilleros y las sufrieron los trabajadores, que fueron poco a poco despedidos, una semana diez, otra quince, otra veinte; y aun continua esa antipática larea del despido, recomendada por las circunstancias, impuesta por la necesidad, pero penosa de cumplir para el que sabe que el cese es el trabajo del obrero, es el hambre para el siguiente día.

Por fortuna se abre ancho campo a la actividad de los trabajadores. Las obras del saneamiento y las del ensanche, constituyen una esperanza para esa masa de operarios que las necesidades del Tesoro público han dejado sin ocupación.

Lo que se necesita es que recorra pronto el expediente de dichas obras su camino y que se verifique en plazo breve la inauguración de las mismas.

A favor de esas construcciones que han de realizarse en varios años y han de ocupar gran número de obreros, aclarase el negro porvenir que sobre Cartagena se cernía; la tétrica hambre se tornará en hartura y la tristeza de la ausencia del bien, se cambiará en alegría por la presencia del bien mismo.

Bien venidos sean el saneamiento y el ensanche. Ellos son la salud, pero en la ocasión presente son bastante más: son la vida de los trabajadores que no tienen donde ganar el pan.

TIJERETAZOS

El Sr. Villaverde sigue en sus trece respecto á presupuestos.

Con el de gastos pueden hacerse tiras y talabantes. Ahí está dispuesto á hacer toda clase de economías.

Pero que no se meta nadie con el de ingresos, porque no está dispuesto á rebajar ni una peseta.

Terco es el hombre. Si lo que le llega á lo vivo al contribuyente es la porrada de millones que se le saca!

Y si se le sigue sacando, seguirá respirando por la herida.

Por Dios, modérese usted y alfoje un poco la mano, que están malos los negocios y no producen un cuarto. No sea usted aragonés y tire un certero tajo al presupuesto de ingresos porque es muy justo, canario! Es muy pesada esa carga y acabará de aplastarnos con su enorme pesadumbre, si no echa usted una mano.

El Correo Español, echando una mirada á la situación política y relatióndose de gusto:

¡Qué miedo hace!

Efectivamente, colega, hace un miedo que asusta.

Pero confiese usted que el primero á sorprenderse por ese fenómeno es usted mismo que inspira ese miedo.

Como se retiró usted para sus columnas al ver que hay quien toma en serio sus palabras gordas!

El Sr. Silveira ha prometido reformar el código á fin de que no pueda sustraerse á él el separatismo.

Muy bien pensado. Yo no castigaría de otro modo á los separatistas que echándolos de la nación para que se busquen otra patria.

Eso sí; al que después de echado lo encontrara pisando la frontera, le dejaría un recuerdo en la memoria.

Hay que barrer la semilla de esos grandes sinvergüenzas que en Plencia, hace cuatro días quemaron nuestra bandera.

Eso no son españoles, ellos mismos lo confiesan y nosotros celebramos de veras que no lo sean.

Vayan muy enhoramala los infames que babean el santo nombre de España:

no son hijos de esta tierra y si aquí vieron la luz fue error de naturaleza.

Los niños blasfemos

Todavía hay algo más horrendo que la blasfemia de los hombres sin religión y sin conciencia, y es la blasfemia que con aterradora frecuencia se oye por esas calles y plazas á los niños.

Baldón de ignorancia para esta sociedad, que aún quiere apellidarse culta, es el horrible incremento de este execrable pecado que se va extendiendo por todas partes, (merced al poco celo que despliegan las autoridades en reprimirlo), hasta el punto de haber llegado á salir de labios infantiles como jugo venenoso que corroe el alma de los niños y la despoja de sus galas celestiales.

Que ha de espantar de una generación naciente que desputa desconociendo á Dios y blasfemando de su Santo Nombre, como si trajera en su corazón el germen de la incredulidad y de los crímenes? Avezados los niños á la blasfemia, es casi seguro que llegarán á la vejez y descenderán al sepulcro blasfemando.

Como se explica este hecho que nos presenta á la niñez, á esa niñez que debiera ser de ángeles, como legión de demonios?.....

Claro está que el niño profiere frases malsonantes y blasfemas porque, de tanto oír las en la calle, en el taller, y lo que es peor, en su casa, las tiene ya como asteriscipadas en el cerebro y en la lengua. Educados en el mayor y más posible abandono, esos niños crecen formando una raza de jóvenes desveredados cuya inmundicia indigna á todo corazón noble, y entristece el alma de quienes los divisan en jontanza informando la vida de la sociedad futura. Y no es necesario que penetremos con escrutadora mirada en el santuario de su alma para investigar la causa primordial de su impiedad, pues se oche de ver á primera vista que son sus mismos padres los culpables de tanto mal.

Hijos de padres pervertidos, son educados en la escuela del crimen, en donde aprenden á despreciar ó, más bien, á odiar á la Religión Católica que

desconocen; y cuando habrían de abrirse sus labios puros é inocentes para alabar y bendecir á Dios Nuestro Señor, es cuando comienzan á ofenderle con horribles blasfemias, viniendo á caer deshojada por el hálito ponzoñoso del pecado la hermosa flor de la inocencia que ostentara su alma.

Y aunque por el Código penal se castigue el horrendo pecado de que venimos hablando, no es bastante; pues las penas que aquel impone son generalmente letra muerta en estos calamitosos tiempos de libertad liberal que padecemos.

Nosotros haríamos un llamamiento á los padres de familia para que no solamente no den ese mal ejemplo á sus hijos, sino que impidan por todos los medios que prospere este cáncer que cubre á la sociedad actual, y que tanto se generaliza, por las causas que dejamos expuestas; pero como, por desgracia, hay padres que tienen complacencia en presentar á sus hijos en la más tierna edad como maestros de mal hablar, y hasta ellos mismos ¡qué horror! llegan á enseñarles palabras mal sonantes precursoras de la blasfemia, por eso es preciso que sea la autoridad la que con mano fuerte impida esa profanación de la infancia, esa infame mancha de la inocencia, que pide á gritos ser reprimida, castigando con rigor la blasfemia.

SUSCRIPCIÓN NACIONAL

para la erección en Madrid de un monumento de mármol con estatuas en bronce, que perpetúe la memoria de DON EMILIO CASTELAR.

Recaudación en casa de los Sres. Jorquera y Wandosell, Plaza de S. Francisco número 3.

	Pesetas
SUMA ANTERIOR.	5945'05
D. Antonio el Pintao	0'25
• Gerónimo Fernández	1
• Alfonso Cuenca	0'25
• José Martínez Tomás	0'25
• Francisco Baandía	0'25
• Francisco Hernández Arce	0'25
• Francisco Escribano	0'25
• Francisco López de Ochoa	0'05
• Miguel Garoia	0'50
• Antonio Cánovas	0'25
• P. G. de la Fuente	10
• T. G. de la Fuente	5

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 688

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 682

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 679

El almirante, después de haber dicho á su hermana, á quien había conocido demasiado interesada por divertidas, que éste estaba en salvo, se acostó; y apenas se había levantado, como á las tres de la tarde, recibió un billete pergaminado de la princesa de los Ursinos, en que ésta le anunciaba que lo esperaba para comer.

El almirante se vistió magníficamente y se trasladó en carroza al alcázar.

Estimada los asuntos al ser de ombe 50

duelo; necesita ocultarse hasta que se obtenga el indulto de su majestad. Puede suceder que entre tanto le busquen: ya sabe donde puede ocultarse sin que nadie dé con él: en estos tiempos de trastornos, don Juan, como no se sabe lo que podrá acontecer, es necesario tener preparado un escondite seguro, y aún más de uno: vamos, recojeos y descansa; yo voy á desoansar también un rato, porque tres horas á trote y galope fatiga: en cuanto descanse, me volveré á Madrid, y como no quiero molestaros, adios y hasta la vista.

—Adios, señor almirante; contad con mi eterno agradecimiento, y con mi vida si alguna vez la necesitais.

—Hasta la vista, y adios, dijo el almirante.

Y salió.

VII

Dos horas después, el almirante montaba á caballo, y acompañado por Antonio, se volvió á Madrid, al que llegó á las nueve de la mañana.

Antonio no había llegado con él hasta la casa; haber llegado hubiera sido lo mismo que decir á los otros criados adónde había llevado su amo al caballo guardiá de corps, se volvió desde la puerta de Alcalá.

—Pero me presento á vos convertido.
—¿Y qué hemos de hacer? En mi casa no podeis estar, porque ya saben en olla los oriados vuestro nombre; os han visto entrar, y si no os ven salir y os busca bien la princesa, pueden hacernos traición; pero no importa, todo se reduce á que pase, mos una mala noche. ¡Hola, Sánchez! dijo el almirante yendo á una puerta.

Se presentó un criado.
—Que ensillen al momento dos caballos, dijo el almirante, y que pongan pistolas en las pistoleras: pistolas de dos cañones cargadas; que se me avise en el momento en que estén dispuestos los caballos.

El oriado se retiró.

—Dispensadme que os deje solo un momento, dijo el almirante: voy á ponerme un traje de montar, y á mandar que os traigan unas botas con espuelas.

—Gracias, señor almirante, porque me molestaría mucho montar con zapatos.

El almirante salió.

Pero después entró un ayuda de cámara con unas magníficas botas de montar, y las puso á Sanivales. Un cuarto de hora después apareció el almirante con sombrero, capa, parda de camión, botas de montar, y espada de tirantes con vaina de cuero.